

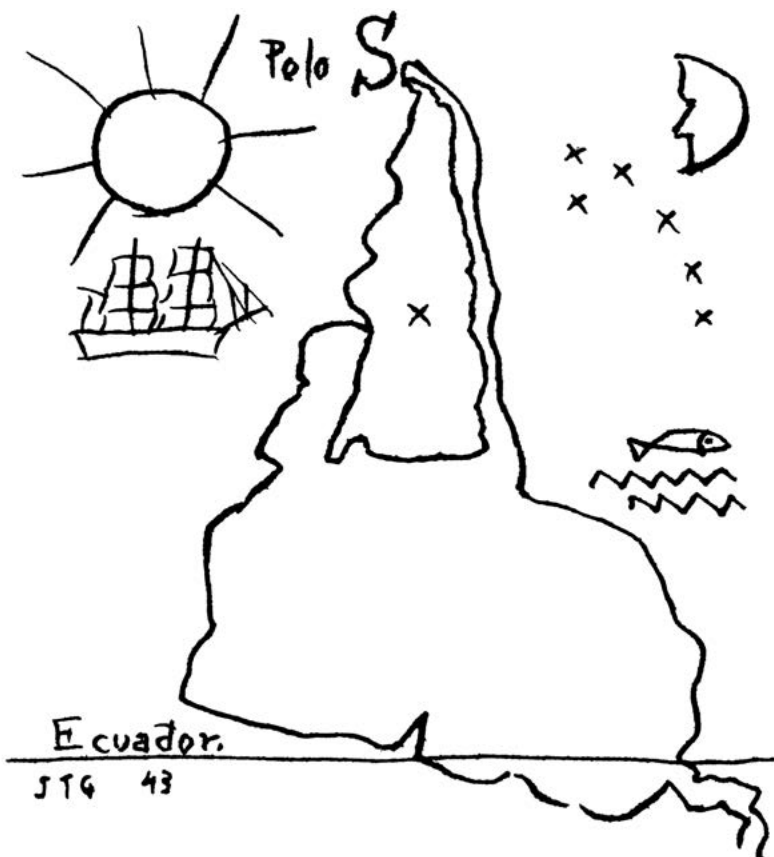
IMAGINAR EL
FUTURO
DESDE EL

SUR #3

EL CAMBIO CULTURAL ES UN CAMBIO SOCIAL

Juan Grabois, María José Pizarro,
Juan David Correa Ulloa





Ecuador.
516 43



Culturas

Ministro de las Culturas, las Artes y los Saberes

Juan David Correa Ulloa

**Viceministro de los Patrimonios,
las Memorias y la Gobernanza Cultural (e)**

Luis Alberto Sanabria Acevedo

**Viceministro de las Artes y la
Economía Cultural y Creativa**

Jorge Ignacio Zorro Sánchez

Secretaria general

Luisa Fernanda Trujillo Bernal

Dirección de Audiovisuales, Cine y Medios Interactivos

Diana Díaz Soto (directora)

Jaime Conrado Juajibioy Cuarán (coordinador Grupo de Comunicaciones)

Equipo de Publicaciones

Sergio Zapata León

Miguel Mateo Torres Caballero

Manuela Fajardo González

Alejandro Medina

Simón Uprimny Añez

Curadora del ciclo de pensamiento Imaginar el futuro desde el sur

María Luciana Cadahia

Primera edición: noviembre de 2024

ISBN (impreso): 978-958-753-627-0

ISBN (digital): 978-958-753-626-3

Título de la publicación: *Imaginar el futuro desde el sur #3*

El cambio cultural es un cambio social

Autores: Juan Grabois, María José Pizarro, Juan David Correa Ulloa, René Ramírez,
Luciana Cadahia

Imagen de portada: © Joaquín Torres García, *América invertida*

(dibujo a pluma y tinta, 1943)

© Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes

Está prohibida, sin la autorización escrita del editor, la reproducción total o parcial del diseño y del texto de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Está prohibida la venta de esta obra.

**IMAGINAR EL
FUTURO
DESDE EL**

SUR #3

EL CAMBIO CULTURAL ES UN CAMBIO SOCIAL

*Juan Grabois, María José Pizarro,
Juan David Correa Ulloa*



Sumario

7 El futuro es el sur

Juan David Correa Ulloa

9 De la República oligárquica a la República plebeya

Luciana Cadahia

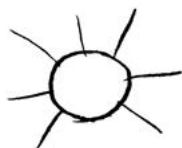
15 El cambio cultural es un cambio social

Juan Grabois, María José Pizarro, Juan David Correa Ulloa, René Ramírez

El futuro es el sur

Juan David Correa Ulloa

Ministro de las Culturas, las Artes y los Saberes de Colombia



Hay que decir y pensar oblicuamente en medio de la emergencia climática y social que vivimos. Atravesamos una policrisis. Enfrentamos una batalla cultural mediante la cual se quiere enajenar a millones de seres humanos pretendiendo que el abismo por el que caemos es una imaginería apocalíptica. El progresismo, la izquierda, los ambientalistas, los intelectuales, las sensibilidades LGBTQ+ y los pueblos originarios deben unirse para defender, desde sus singularidades, la vida, la cultura, el cuidado y los derechos fundamentales de todos los seres vivos del planeta.

Los saberes positivistas y neoliberales han querido imponer los datos por encima de los relatos. Se nos ha intentado convencer de que la tecnocracia y el debilitamiento de lo público son las formas adecuadas de organizar una sociedad que padece de hambre y falta de agua. Millones no tienen soberanía alimentaria y lidian, de manera dramática, con insuficiencias palpables como la falta de acceso gratuito a la salud, a la educación y a la vivienda.

Se trata, por supuesto, de invertir jerarquías, de mostrar caminos recorridos, de reivindicar saberes y prácticas culturales,

ideas y formas del conocimiento que han constituido un corpus de posibilidades que, con más frecuencia de la deseada, hemos dejado de reconocer en nosotros mismos.

S Los estudios sociales, las ciencias humanas, las artes y los saberes populares son inherentes a la sensibilidad de América Latina. Proponemos la imaginación como un valor esencial en la construcción de sociedades más justas. El sur es el futuro.

U Estas conversaciones son tentativas y devaneos, dudas que se expresan en voz alta para pensar sin temores ni condescendencias. Creemos que la cultura de paz se construye en el disenso. Y sabemos que las instituciones deben transformarse en lugares hospitalarios para recuperar esa comunidad que ya viene.

De la República oligárquica a la República plebeya

Luciana Cadahia



Este libro es la transcripción del tercer encuentro del ciclo *Imaginar el futuro desde el sur*, realizado en junio de 2024 y dedicado a pensar los desafíos de la democracia ante el avance de las extremas derechas. El evento, dividido en dos partes, contó con la participación de académicos y políticos latinoamericanos comprometidos con la justicia social y ambiental en nuestros territorios. Las palabras de apertura fueron ofrecidas por la directora ejecutiva del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) Karina Batthyány y por el coordinador de la Fundació Sentit Comú Mario Ríos Fernández. En la primera parte del encuentro se presentó una mesa para debatir los resultados de un informe elaborado por estas dos organizaciones, referido al estado de las democracias en América Latina y al papel actual del Gobierno de Colombia. La mesa contó con la participación de uno de los autores del informe, el académico ecuatoriano René Ramírez, el actual ministro de Educación de Colombia Daniel Rojas, el director de Sentit Comú Mario

Ríos Fernández, el sociólogo argentino y secretario académico de CLACSO Pablo Vommaro y el sociólogo español Màrius Domínguez Amorós. Si bien, y por razones de extensión, no se ha transcrito esta primera parte, los lectores interesados en conocer a profundidad el contenido del informe pueden descargarlo de manera gratuita [aquí](#). Aun así, resulta oportuno dedicarle unas líneas tanto al informe como a los debates que allí se plantearon.

La discusión alrededor del informe, titulado *Debates sobre democracia e igualdad*, ofreció una serie de claves conceptuales para comprender a cabalidad los dos modelos de república que hoy se encuentran en pugna en nuestro continente. El primero, liderado por figuras de la extrema derecha regional, nucleadas ideológicamente en Miami y Madrid, postula un laboratorio posdemocrático negacionista de la justicia social y ambiental. Bajo las consignas de una libertad identificada con la naturalización de las guerras, las injusticias globales y el retroceso en materia de derechos básicos al territorio, la educación, la salud o la vivienda, esta orientación política reactiva las viejas consignas de las fantasías oligárquicas, racistas y misóginas de nuestra región. A pesar de postular un futuro dominado por la inteligencia artificial y por el capitalismo tecnológico corporativo, no hace otra cosa que volver a la institucionalidad del pasado. Por un lado, expulsa a las mayorías sociales de su participación en la vida política e institucional de las repúblicas y, por otro, reactiva el sueño de un Estado patrimonialista gobernado exclusivamente por sus élites criollas.

A diferencia de esta deriva totalitaria promovida por la paradójica consigna neofascista de la libertad, el informe nos muestra que las experiencias del primer y del segundo ciclo progresista de la región proponen un pacto social alternativo, arraigado en las memorias emancipadoras de nuestros pueblos y en una estatalidad reparadora y gobernada por y para las mayorías sociales. En el debate se puso énfasis sobre la importancia

de este tipo de institucionalidad plebeya como salida a nuestras herencias coloniales y se resaltó su papel como blindaje ante la autodestrucción de lo humano promulgada por el capitalismo financiero. Vale la pena añadir que, además de estas claves conceptuales, el informe contó con estudios empíricos y con el análisis de variables económicas que ayudan a comprender mejor la dimensión material de esta disputa ideológico-política en el continente americano.

Por otra parte, durante la discusión se enfatizó sobre el papel del actual Gobierno del Cambio en Colombia, resaltando los avances relacionados con la reforma agraria, la transición energética, la educación, el trabajo, la salud y la seguridad. Finalmente, se recordó que uno de los desafíos actuales del país es seguir impulsando un pacto humano con visión de futuro que ponga la vida y la paz en el centro de la escena.

En cuanto a la segunda parte del evento, cuya transcripción podrá ser leída en esta publicación, contamos con la presencia del dirigente argentino del partido Patria Grande Juan Grabois, la senadora de la República de Colombia María José Pizarro y el ministro de las Culturas Juan David Correa. La mesa estuvo moderada por René Ramírez, quien planteó una serie de preguntas que permitieron establecer puentes entre las dimensiones política, económica y cultural del progresismo regional.

Uno de los aspectos a resaltar del encuentro fue el desagravio público que hizo el ministro Juan David Correa al invitado internacional Juan Grabois. Cabe recordar que, en medio del estallido social del año 2021, Grabois viajó a Colombia, junto con un equipo de observadores en derechos humanos, para registrar e informar sobre los abusos de poder, arrestos ilegales, desapariciones forzadas y asesinatos propiciados por el Gobierno de Iván Duque durante las semanas de protesta. Sin embargo, a Grabois le fue denegado el ingreso al país y fue expulsado del territorio por orden directa del Gobierno. Por esa razón, el ministro Correa dedicó los primeros minutos de su intervención

a agradecerle por su solidaridad con Colombia y a pedir disculpas públicas en nombre del Estado colombiano.

En lo que se refiere a los debates, se conversó sobre el papel reparador que deben tener las instituciones latinoamericanas ante su pasado racista, clasista y patriarcal, dejando en claro que, además de una política redistributiva, es necesaria una profunda transformación cultural que reconfigure los resortes simbólicos de la nación. Quedó muy en claro que, a pesar de la profunda voluntad de transformación institucional, la presencia de estas inercias oligárquicas, sumadas al papel del narcotráfico, dificultan enormemente los cambios urgentes que el país necesita. En esa dirección, se acordó por qué resulta importante compartir experiencias regionales y encontrar claves conjuntas para revertir las lógicas arraigadas en las instituciones. También se explicó por qué, junto a ese pasado oligárquico, resulta importante volver a contar la historia de Colombia y recordar, como lo hizo María José Pizarro, las experiencias de institucionalidad popular y el rol de los movimientos nacional-populares como el M-19. Todo esto nos ayuda a entender que solo gracias a un profundo ejercicio de memoria histórica será posible descubrir las raíces del Gobierno del Cambio en Colombia.

Durante el conversatorio también se insistió en que una cosa es llegar a gobernar el país y otra muy distinta tener el poder. Es un error muy común creer que las instituciones del Estado son las que detentan el monopolio del poder, cuando en realidad el poder se encuentra concentrado en una minoría social que maneja los conglomerados mediáticos, la economía de la guerra y el mundo empresarial a nivel global. En todo caso, el Estado se ha convertido en un espacio a disputar para que no sea ese mismo poder económico quien determine su funcionamiento. Por eso resulta tan importante devolverle al pueblo el uso de las instituciones a través de Gobiernos progresistas que pongan un freno al avance oligárquico.

Otro tema de debate fue la necesidad de no descuidar la organización del campo popular. Si bien es importante que los sectores históricamente excluidos pasen a formar parte de la vida institucional de nuestros países, también es necesario que las bases sociales sigan sosteniendo la organización popular. Grabois puso mucho énfasis sobre este aspecto, teniendo en cuenta que la Argentina acaba de sufrir un retroceso oligárquico sin precedentes en la historia del país. Por otra parte, celebró el ingreso de Colombia a la ola progresista, pero insistió en no desatender el trabajo en los barrios y los territorios. Esto se explica por varias razones que salieron a la luz en la discusión. En primer lugar, porque es una forma de evitar el avance del crimen organizado en los lugares más vulnerables de nuestra región. En segundo lugar, porque es gracias a esas organizaciones populares que los Gobiernos del Cambio encuentran el apoyo imprescindible para impulsar las transformaciones sociales y territoriales que necesitan los países y, al mismo tiempo, encontrar la fortaleza y la cadena de afectos que ayuden a hacer frente a la alianza neoliberal dada entre conglomerados mediáticos, amplios sectores del empresariado local y transnacional y los resabios estatales de las oligarquías regionales. Y, en tercer lugar, porque allí se juegan los lazos sociales fraternos que van dando forma a los pactos democráticos de futuro.

Sobre estos y otros aspectos claves relacionados con los desafíos del progresismo regional se debatió en este conversatorio que el lector tendrá la oportunidad de conocer con la publicación de este libro.

El cambio cultural es un cambio social

*Juan Grabois, María José Pizarro,
Juan David Correa Ulloa, René Ramírez*

Biblioteca Nacional, Bogotá, Colombia

14 de junio de 2024



René Ramírez: Buenos días. Lo que vamos a poner en discusión aquí son quizás los dos opuestos que estamos viviendo en América Latina: Argentina como distopía y Colombia como utopía. Creo que es importante el debate, porque muchas veces están los muy pesimistas que, cuando llega la derecha, piensan que no hay nada que hacer, y a veces también los muy optimistas, que señalan que ya vamos a superar completamente los problemas estructurales del capitalismo. Estamos en disputa por construir una vía que sea la vía utópica hacia una transformación radical. Eso implica debates en la democracia, en donde se viven ciclos y tiempos de disputa entre lo que se ha denominado la primera ola de Gobiernos progresistas (de izquierda nacional-populares) y las propuestas de derecha neoliberales con las que se han alternado, propuestas que ahora se suman con una perspectiva ya no solo neoliberal, sino de cierto modo autoritaria, o por qué

no decirlo, incluso protofascista. Es en ese marco que quisiera empezar formulando una pregunta a cada uno de los panelistas.

U
S
R
Mi primera pregunta es para el ministro Juan David Correa. Uno de los temas principales que se desprende del informe de CLACSO es que la estrategia más efectiva del neoliberalismo hoy es el neoconservadurismo. Los proyectos políticos de derecha actúan sobre todo en la construcción de narrativas en la esfera cultural, aupando semánticas identitarias tales como la xenofobia, el antifeminismo, el racismo y la aporofobia, que tienden a configurar nuevas tendencias fascistas. El debate cultural pasa a ser nodal en la disputa histórica que vive la región. La pregunta sería: ¿qué rol juega la política cultural?, ¿cómo transversalizar, en el resto de los sectores estatales, la política cultural y cuál sería una estrategia eficaz para dar la disputa a este sentido común que se instala en buena parte de la población de nuestros países?

Juan David Correa: Buenos días para todas y todos, gracias por estar aquí. Para comenzar esta conversación —que me gustaría más que fuera eso y no una larga intervención de cada uno de nosotros, para que podamos animar el debate y resistirnos a ciertas formas del protocolo que a veces nos invitan a ceñirnos a ciertos esquemas que deben cambiar desde lo cultural—, quisiera hablar de Juan, quien está aquí después de tres años. Un día de junio de 2021, Juan aterrizó en el aeropuerto El Dorado de Bogotá. Venía con un grupo de personas de organizaciones sociales de Argentina y de América Latina a investigar, a conversar, a escuchar, a ser testigos de todo lo que nos estaba ocurriendo en medio del estallido social que protagonizaron nuestros y nuestras jóvenes en las calles y del cual muchos hicimos parte.

Ese día de junio de 2021, Juan fue detenido en el aeropuerto y se le negó la entrada a este país. El Gobierno de Iván Duque consideraba, como se ha considerado en esta “república señorial” —retomando la expresión de Daniel Rojas—, que los

extranjeros, o en todo caso, quienes no nacieron aquí, no tenían ningún derecho de venir a observarnos. La sociedad colombiana, o cierta parte de la sociedad colombiana, ha tenido también un carácter xenofóbico que no se nos puede olvidar. Aquí consideramos que cualquiera que opine sobre nosotros y no sea de este territorio no tiene derecho a interpelarnos, lo cual evidentemente nos hace una sociedad aún más conservadora y parroquial de lo que somos. Así que, Juan, lo primero que yo quiero decir es disculpas en nombre del Gobierno colombiano, del Gobierno del Cambio. Disculpas en nombre del pueblo colombiano, disculpas por ese momento que tuviste que atravesar.

Lo segundo, y les propongo que la pregunta la pensemos juntos, es qué papel juega lo cultural en este momento. Yo lo primero que diría es que lo cultural no es exterior a este momento. En el Gobierno del Cambio consideramos que se requiere una corrección de esa idea según la cual lo cultural es solo la posibilidad de imaginar o de representar, o que se refiere únicamente a lo simbólico. En el Gobierno del Cambio creemos que, si no hay un cambio cultural, no habrá un cambio social. Lo cultural es donde estamos, donde vivimos. No estamos por fuera de la cultura, no existimos por fuera de *las culturas*. Quisiera señalar la primera medida que tomó la ministra Patricia Ariza cuando llegó a ser la primera ministra de Cultura de este Gobierno, que fue corregir el nombre del ministerio: lo llamó Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes. Para mucha gente, la idea de cambiar ese nombre era un embeleco y una tontería que nos hacía perder tiempo. Yo quiero hacerle un reconocimiento público a ese esfuerzo y a esa idea que fue inaugural y que nos interpela a pensar sobre qué sociedad o sociedades estamos conversando, y sobre esta agenda progresista y del cambio que se está instalando en el país.

Porque no somos una sola cultura en este país: somos muchas culturas, y eso también ha significado buena parte de nuestros dilemas, de nuestras exclusiones, de nuestros racismos, de

nuestros clasismos, de nuestra manera de imaginar la historia de lo que somos y de lo que hemos construido, insisto en el término, en esta república señorial. Una república señorial que ha vuelto a considerar la historia como parte de su relato nacional para poder entender quiénes hemos sido históricamente y, en ese sentido, atender al programa de gobierno. ¿Qué dice o qué considera el programa de gobierno? Varias cosas de las que se han expuesto aquí: el cambio es con las mujeres, el cambio es con los territorios excluidos, el cambio es con aquellos que no han sido puestos en la agenda de la política pública colombiana. Y ahí hay una mirada cultural, porque se construyó desde la fundación misma de la república, cuando se consideró que esos territorios excluidos eran de menor valía debido a sus condiciones geográficas, climáticas o culturales, y a otras condiciones abominables, como la esclavización de miles de seres humanos que llegaron a Colombia y a América a través de Cartagena, que fue un gran puerto cosmopolita de la esclavización desde los siglos XVI y XVII. Esos territorios fueron sometidos a una idea cultural, que era la predominancia de un mundo andino —yo no diría blanco, pero en todo caso mestizo— en donde la tierra se repartió de ciertas formas y se excluyó a ese país.

Pero ¿cómo actuar sobre ese país sin un cambio cultural? ¿Cómo actuar sobre esas culturas sin imaginarnos de nuevo a nosotros mismos? Con esto abriría la pregunta a María José y a Juan para que conversemos sobre cómo pensar un cambio cultural general si no hay un cambio cultural dentro de las propias instituciones. Yo creo que los que estamos tirando el carro, o en todo caso, a quienes nos ha correspondido lanzar este momento del progresismo colombiano, nos hemos enfrentado a unas instituciones que no entienden esas culturas. Unas personas que, así tengan buenas motivaciones, no entienden cómo dialogar con esas culturas, no entienden de qué se trata ese país. Y ese país quiere dialogar a través de esquemas como las alianzas público-populares. La gestión de recursos sobre esas culturas

se vuelve entonces una decisión tan grande, un laberinto tan profundo, que no nos permite ningún tipo de transformación.

A mí me gustaría escucharlos a ustedes dos. A ti, María José, porque estás enfrentada a una agenda legislativa sobre la cual se está poniendo el acento, y por supuesto a Juan, que ya vivió un momento de progresismo en su país y que, ahora, evidentemente, se está desbaratando, se está desinstitucionalizando ese país que, a pesar de las tensiones, tenía unos alcances sociales. Y la pregunta que yo me haría hoy es: ¿por qué esas culturas no resistieron más a eso que se veía venir incontestablemente de la mano de Javier Milei?

María José Pizarro: Lo primero es saludar este espacio y todos los que se vayan convocando de aquí en adelante, porque estamos en el centro de la licuadora y tenemos muy pocos espacios para mirar todo aquello que hemos hecho, para reflexionar sobre lo que estamos haciendo, nuestros aciertos y errores, pero sobre todo para pensar qué es lo que nos queda hacia adelante y cómo abordarlo. Digamos que a partir del 7 de agosto de este año empieza nuestro segundo tiempo, y ahora estamos como en ese receso previo. No hablo desde el Congreso, sino en general: tenemos que tomarnos este periodo como un momento para alistarnos para enfrentar las batallas que nos quedan por delante.

No tenemos la suerte de México, en donde son seis años de periodo presidencial y pueden plantear su transformación de una manera diferente; ellos han sido acertados en algo y es que no se plantearon la posibilidad de cambio como un cambio inmediato. Las expectativas que nosotros generamos son tan amplias —nuestra paz es una Paz Total, nuestro Gobierno es el Gobierno del Cambio— que de alguna manera le trasladamos a la sociedad la idea de que todo se iba a hacer ya, en estos cuatro años. Y entonces empiezan no solamente a resquebrajarse un poco y a temblar esas expectativas, sino que nosotros sentimos a veces que se nos escapan las oportunidades entre los dedos de

S
U
R las manos, y vemos que no tenemos tiempo para lo que se nos viene. Creo que plantear ahora, en este segundo tiempo, que tenemos un cambio que es posible y que, por lo tanto, la reelección del proyecto progresista es precisamente la posibilidad de que ese cambio se mantenga en el tiempo, pueda hacerse sostenible y, sobre todo, irreversible, es el gran reto que tenemos en este momento. Así que tomarnos este tiempo para pensar cómo actuar mejor en espacios de reflexión como este, creo que es lo que corresponde.

Yo, a través de una muy breve reflexión sobre qué fue lo que nos trajo hoy a estar en la Presidencia de la República, quiero responder la pregunta que nos hacía Juan David. Porque hay unos hitos concretos de nuestra historia que no debemos olvidar. Podríamos hacer una reflexión histórica que como nación no hemos hecho, para reivindicar liderazgos que hoy están en la periferia de la historia y de la narrativa nacional. Podríamos irnos, por ejemplo, a José María Melo. Con el presidente de México Manuel López Obrador, el presidente Petro está intentando de alguna manera reivindicar y traer al presente la historia de Melo como uno de los grandes líderes, no solamente nacionales, sino de las gestas de independencia en nuestro país. Podríamos irnos incluso a los líderes de la guerra de los Mil Días, que nos conectan inmediatamente con *Cien años de soledad* y parte de esa historia que hoy empieza a ser reivindicada a través de fallos como el que tuvimos la semana pasada con Chiquita Brands¹, que a su vez nos conecta con la United Fruit Company y la

¹ El 10 de junio de 2024 se dio a conocer un fallo de un juez del Distrito Sur de Florida, Estados Unidos, que determinó que la empresa bananera Chiquita Brands (llamada en sus inicios United Fruit Company) debía indemnizar a ocho víctimas colombianas de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). En 2007, la multinacional estadounidense había confesado que financió a ese grupo paramilitar desde 1997 hasta 2004. Según el fallo, el dinero que la empresa giró a los paramilitares fue utilizado para cometer crímenes de guerra asociados al conflicto armado, entre los cuales se cuentan homicidios, secuestros, extorsiones, torturas y desapariciones forzadas.

realidad de que la masacre de las bananeras sí existió, a pesar de que en la narrativa nacional se haya pretendido eliminar un capítulo trascendental de lo que ha sido nuestra construcción como nación. Y, por supuesto, personajes como Rafael Uribe Uribe, en quien pienso mucho porque veo su retrato casi todos los días en el Congreso de la República. Y pienso en él no solamente porque allí fue asesinado, sino por la importancia que tuvo en la historia de nuestro país. Claro, también pienso en mujeres maravillosas que ni han existido ni existen aún hoy en la narrativa nacional. Y por eso el reto que tiene el ministro Juan David es tan importante, porque no es solamente pensarse el presente y el futuro, sino recuperar toda esa historia de nuestro pasado, todo aquello que podría conectarnos a través de una identidad nacional.

Porque eso es lo que no nos han permitido construir: una identidad como nación. Que no solamente los militares puedan identificarse con, por ejemplo, el Ejército Libertador, sino que toda la nación pueda conectarse con él. Y que podamos recordar a otros personajes y otras épocas, como la de las guerrillas del Llano, que nos habla de Guadalupe Salcedo y de otros tantos líderes de esos años, y que nos conecta incluso con Jorge Eliécer Gaitán, que es un personaje que está, a pesar de todo, en las periferias de la narrativa de nuestra nación. No hay sino un busto a Gaitán por allá en la calle 26, olvidado, y si acaso lo que existe en la Séptima, en el lugar donde fue asesinado. Pero su pensamiento, sus apuestas, sus luchas, el movimiento nacional del cual hizo parte, se han dejado de lado. También lo que nos robaron con su asesinato, que fue precisamente la posibilidad de que Colombia, junto con otras naciones como Argentina o México, entrara en la modernidad. Es más, yo creo que hoy ni siquiera hemos logrado entrar a la modernidad de manera integral.

Pero está también, por ejemplo, lo que hizo el M-19. Nos dicen hoy que no podemos reivindicar las banderas del M-19; yo estoy completamente en desacuerdo, porque hace parte de las

narrativas de esta nación. Además, hicieron algo fundamental: Simón Bolívar era reivindicado sobre todo por los líderes del Partido Conservador y, de repente, con el hecho de robarse su espada y empezar a reivindicar los símbolos nacionales, se hizo algo absolutamente trascendental, porque Bolívar, a través de toda esta reflexión sobre el Ejército Patriota, dejó de ser el líder del Partido Conservador para convertirse en un líder de todos, para que todos pudiésemos, desde nuestra propia interpretación, reivindicar su pensamiento y el de otros líderes de la independencia americana.

Y no hay que olvidar que pusieron en el centro reflexiones que son fundamentales y que yo creo que nosotros mismos hemos dejado en la marginalidad. Cuando se hablaba de la política de los afectos, de la cadena de los afectos, no se hablaba de otra cosa distinta que de recuperar la emocionalidad, de conectarnos entre nosotros no solamente desde la razón y desde la ideología, sino desde el corazón, desde el trabajo que hacemos conjuntamente, desde la manera en la que logramos construir un movimiento que no pasa solamente por la identidad ideológica, sino que pasa también por algo tan sencillo como querernos. En Colombia hemos dejado de querernos y, en la izquierda, muchas veces vemos enemigos en todos lados. Yo les digo: a ministros como el ministro Juan David y otros que son del ADN progresista, como Guillermo Alfonso Jaramillo, Andrés Camacho o Susana Muhamad —y no quiero ponerme a dar más nombres—, nosotros tampoco los estamos defendiendo como corresponde. Y si mañana ellos se van y llegan otros, ¿quiénes van a ser esos otros? ¿Van a pertenecer al proyecto progresista? Pues no sé, yo me lo pregunto. Creo que nosotros tenemos que defender a los nuestros que están en el Gobierno, empoderarlos, darles fuerza, darles alas para que puedan hacer su trabajo. Uno no puede volar si no tiene una buena pista para despegar y, en nuestro caso, la pista es la gente. Entonces, si nuestra gente no está ahí para acuerparnos cuando hace falta, pues evidentemente están

en una posición de debilidad, y yo creo que nosotros, en este momento coyuntural, no estamos para que las personas más cercanas a nuestro proyecto político estén en una posición de debilidad, sino todo lo contrario.

Si pasamos y recogemos el movimiento campesino, el Movimiento Nacional de Víctimas, el movimiento indígena, las luchas del movimiento estudiantil, el proceso de paz que vivimos en el 2016, esa gran reflexión que se hizo sobre la paz, esa gran oportunidad que tuvimos para que las víctimas y las historias trágicas y dolorosas de este país hicieran parte de la narrativa nacional, o por lo menos la cuestionaran, pues yo creo que fueron años que permitieron que este Gobierno también fuese una realidad. Y el estallido social: ustedes recordarán a los jóvenes que siempre han estado en las periferias de este país, en la marginalidad, que no existen, de repente, millones de jóvenes hicieron algo que para mí fue el mensaje más lindo. Yo no sé si ustedes lo compartirán conmigo, pero los jóvenes se pusieron la bandera de Colombia, que era casi que patrimonio exclusivo del Centro Democrático, de los partidos de fútbol de la Selección y del Ejército, se la pusieron a los hombros y salieron a las calles. Tan inverosímil, tan impresionante habrá sido ese símbolo que incluso Jota Pe Hernández [Jonathan Ferney Pulido Hernández], el senador de la República, se la puso en su campaña, robándose un símbolo que era muy potente. Era la juventud exigiendo un país para ellos, diciéndoles a los poderosos que ellos también hacían parte de esta nación, y junto con esos jóvenes salió todo el movimiento social y aprendimos algo que en adelante creo que tiene que ser nuestra bandera, y es, precisamente, la unidad. Todo el mundo salió junto. No importaba el color, la bandera, la ideología, si era más de aquí o más de allá, si tu organización era o no era. Todo el mundo salió al unísono, todo el mundo salió de la mano a exigir una nación diferente. Y esa movilización en las calles se transformó en una movilización electoral, y ganamos, por primera vez en la historia de nuestro país.

S
U
Justo por esas épocas, de repente recibo una llamada. Yo estaba en la plenaria del Senado, y me dice Juan Grabois: “Estoy aquí, no me dejan entrar al país”. Y yo, en la plenaria, hablando con los del Centro Democrático, que en ese momento eran el Gobierno, diciéndoles: “Vean, ¿no nos pueden ayudar? Hay un grupo de personas que están en el aeropuerto a las que no dejan entrar”. Evidentemente no éramos poder. Entonces nuestro compañero tuvo que abandonar el país, y de esa manera nos conocimos con Juan, por una conversación telefónica. Hoy nos vemos por primera vez en persona.

R
Así que si algo tenemos que construir ahora son los tintes, las banderas, las identidades de nuestro cambio. ¿Qué es posible hasta el 2026? ¿Cómo podemos hablar con la gente para convencerla de que tenemos que continuar para que esto sea posible? Para que la gente nos dé ese voto de confianza y no seamos un proyecto efímero, que llegó como una exhalación a la historia de la nación y nunca más va a ser. El otro día, en una reunión con empresarios, que no son precisamente empresarios nuestros (no tenemos muchos empresarios, hay que empezar a construir empresa también), me decían: “¿Ustedes por qué quieren todo ya? Si ustedes han visto todos los reparos que hay alrededor de la salud, ¿ustedes por qué no escuchan esos reparos y se dan cuenta de que todo no puede ser inmediato”. Yo les dije: “Es que la responsabilidad también es de ustedes. Si ustedes nos dijeron que solamente teníamos cuatro años, que ni pensemos en la más remota posibilidad de que nos vamos a reelegir en algún momento, si ustedes nos plantearon que esta es la única oportunidad, pues evidentemente nosotros, en esta única oportunidad, vamos a hacer todo lo que podamos. Es que ustedes nos están diciendo que ni soñemos con que la alternancia de poder se presente como una nueva oportunidad”. Les dije que deben permitir la alternancia, permitirnos salir a expresar que nuestro proyecto puede tener aspiración a reelegirse, porque lo que hoy nos dicen es que, aunque el presidente Petro afirme:

“No me quiero reelegir yo, pero queremos reelegir el proyecto”, se arma una hecatombe nacional. En otras palabras, ni él, ni el proyecto, ni absolutamente nada de lo que proponemos, y que además lo proponemos de una manera franca, abierta. Nosotros no estamos en unas estrategias por allá subterráneas. Porque si hay algo que no nos pueden cuestionar es que, primero, somos frenteros; segundo, somos valientes, y tercero, defendemos con ahínco nuestros principios. Y cuando hablamos con sinceridad y les decimos: “Sí, nuestro proyecto tiene una aspiración de reelegirse”, entonces, mejor dicho, ellos, a través del poder mediático, político y económico, nos meten en la licuadora, nos ponen bajo asedio por sencillamente decir que nosotros queremos estos cambios y que los queremos, por supuesto, ahora. Cualquier político honesto le plantearía eso al país. Si ellos lo hacen, ¿por qué nosotros no podemos?

Sin embargo, si nosotros no somos capaces de construir una identidad nacional, de no solamente hablarle a la izquierda o al progresismo, si nosotros no encontramos el lenguaje simple, sencillo, cercano, el lenguaje de a pie, el de la calle, el que se habla en cualquier esquina, va a ser muy difícil. Voy a decirlo, perdón, sé que no gusta mucho, pero a veces el clasicismo intelectual de la izquierda también ha excluido a las mayorías de este país y ha evitado que puedan comprendernos y acompañarnos. Si nosotros no hacemos un ejercicio de traducción de nuestro propio pensamiento para que la gente pueda entender de fondo de qué es de lo que estamos hablando, muy difícilmente vamos a lograr conquistar a toda esa gran masa poblacional que a veces está confundida o está en el rebusque y en la subsistencia. Y ponerse a pensar en todo esto cuando tú no tienes con qué comer, cuando estás luchando contra lo que nos planteaba el estallido social —el contagio o el hambre—, pues evidentemente es muy difícil. Así es muy complicado poder sortear los mensajes repetitivos que, casi como una ametralladora, están lanzando los grandes medios de comunicación.

S
U
R

Evidentemente hemos cometido de errores, y seguramente vamos a cometer más. No somos infalibles, también estamos aprendiendo. Nunca habíamos tenido la oportunidad de ser Gobierno. Incluso quienes estamos en el Congreso tenemos que reinterpretarnos constantemente, porque dejar de estar en la oposición durante toda nuestra historia para pasar a ser una bancada de gobierno requiere que cambiemos el chip de la noche a la mañana, y eso es difícilísimo porque la forma en la que nosotros enfrentamos y damos los debates es diferente siendo Gobierno a cuando éramos oposición. A veces no sabemos ni cómo es que vamos a defender, no salimos a defender, porque nosotros sabemos oponernos y no defender. Y lo mismo les pasa a las organizaciones sociales. Las que salgan a las calles tendrán que plantearse si salen a defender o salen a oponerse. Porque estamos en un momento distinto al anterior, y entonces debemos tener claridad sobre qué es lo que vamos a defender, a quiénes estamos defendiendo, cómo los vamos a defender, cómo nuestro mensaje de defensa no puede ser tergiversado para que se convierta en un mensaje de manipulación y de ofensa. Y, por supuesto, hay unas líneas éticas que nosotros no podemos permitir que se corran en este Gobierno ni en nuestros procesos políticos. Esas líneas éticas y ese comportamiento no pueden desaparecer.

Para terminar, me gustaría decir algo más: nosotros llegamos al Gobierno, pero no hemos llegado al poder. No estamos construyendo poder y tenemos que construirlo en todos los sentidos, porque lo que estamos enfrentando es demasiado grande, traspasa nuestras fronteras. Así que nuestra lucha, nuestros aprendizajes, nuestras reflexiones, lo que digamos aquí tiene que traspasar las fronteras de nuestras mentes, de nuestros corazones y de nuestras naciones.

Juan Grabois: Bueno, muchas gracias a todos y a todas, primero, por invitarme y permitirme anoche las primeras ocho horas de sueño en varias semanas. Nosotros estamos ahora en Argentina

en la guerra del pan y la leche. Hay un desabastecimiento brutal de alimentos en los comedores comunitarios que sostienen hoy a millones de argentinos, y me tocó dar esa pelea como abogado, como militante, junto a otros compañeros y compañeras. Así que venía cansado, con ganas de conversar y de intercambiar.

Gracias también por el desagravio. Desde luego, la compañera Pizarro estuvo al pie del cañón desde el primer momento. Para los que no saben, tengo un hermoso papel que dice que fui expulsado del país como amenaza a la seguridad nacional colombiana. No sabía que era tan malo [risas]. Nosotros vinimos en el 2021 con una misión de solidaridad y derechos humanos. Pudieron entrar los otros compañeros y cumplir su tarea como observadores objetivos —pero no neutrales— de una represión indiscriminada a un pueblo que estaba peleando por sus derechos. Nada latinoamericano nos es ajeno. Y tal vez los colombianos, los peruanos, los bolivianos, los brasileros, los ecuatorianos, que son quienes viven en los países en donde hicimos esas misiones de solidaridad, en algún momento se tengan que juntar y venir a ayudarnos a nosotros. Voy a responder a la pregunta del compañero ministro y después voy a decir toda mi vaina, y me van a interrumpir si me alargo porque soy *charleta*, como decimos en Argentina, hablo mucho.

El problema de la cultura institucional atraviesa lo que voy a decir, porque yo creo que hay una distorsión patológica entre la cultura institucional (con la superestructura política e intelectual) y la realidad de la cultura popular. Y esa distorsión patológica —patológica porque opera de una forma tan subconsciente que, aunque podamos reconocer que existe, no la podemos cambiar— tiene que ver con lo que decía María José sobre las traducciones, que, como toda traducción, tienen que ser bidireccionales. Es decir, por un lado, tenemos que hacernos entender quienes tenemos un planteamiento político para hacerle a nuestro pueblo, sobre todo a las grandes mayorías; pero, fundamentalmente, tenemos que entender las aspiraciones de

los sectores excluidos que en general tienen un lenguaje completamente diferente al que prima en la cultura institucional de la estatalidad, de los partidos y, a veces, lamentablemente también, de los movimientos sociales.

S
U
R
Una primera aproximación a esto tiene relación con la pregunta que hacía el compañero ministro sobre por qué no se produjo una resistencia más fuerte al ascenso de Javier Milei. Hay una respuesta bastante sencilla que creo que explica una parte considerable del triunfo de Milei, que es la frustración después de los dos Gobiernos anteriores —centro derecha, centro izquierda, para usar términos burdos—, cuyo contrato electoral decía, en el caso de Mauricio Macri, “pobreza cero” y, en el de Alberto Fernández, “vamos a empezar por los últimos para llegar a todos”. Macri clavó diez puntos porcentuales de aumento de la pobreza y Alberto, cinco. Es decir: el nominalismo entendido como lo que se proclama pero no se practica llevó a nuestro pueblo a un nivel de frustración tal que un flautista de Hamelín, con una melodía novedosa, fue muy potente para los sectores populares, sobre todo para los jóvenes y los pobres de las provincias, pues su deseo de castigar a los responsables estaba incluso por encima de una cuota de lo que uno podría llamar racionalidad.

Entonces, la reflexión es que Milei no trajo a la Argentina la deshumanización y la degradación de lo común, que son los rasgos fundamentales de estos procesos que llamamos de extrema derecha. Milei es un emergente de procesos que le precedían. Yo, con mucha humildad, puedo plantear algunas cosas sobre por qué fracasó el Gobierno del Frente de Todos. Digo con mucha humildad porque desconozco en profundidad el proceso del Pacto Histórico, de la Colombia Humana —conozco los rasgos generales—, pero creo que hay lecciones del fracaso que nos sirven a todos para aprender.

En principio, para mí la dicotomía del momento es construir este humanismo latinoamericano —Argentina humana, Colombia humana— en medio de la deshumanización

neocolonial, que en definitiva es el sustrato fundamental de los proyectos que tenemos enfrente. Mi compañero Santi Hernández, con el que viajé en el avión, me contaba de un ideólogo de Obama que planteaba una metáfora para ilustrar la dicotomía conservador-progresista —que es una dicotomía que en la Argentina suena feo, porque para nosotros la palabra *progresista* es más parecida a lo que Álvaro García Linera llama “los izquierdistas de cafetín”; es una palabra que tiene una connotación de cierta falta de compromiso, tal vez por la tradición peronista o por la tradición nacional-popular—. Este ideólogo decía que, por un lado, está el padre estricto, propio del conservadurismo, que te dice: “Vos tenés que ser un *winner* y no un *loser*”. La famosa meritocracia: “Este es un mundo de lobos y de corderos, tenés que ser un lobo”. Pero que, en definitiva, es un padre que ama a su hijo y quiere que le vaya bien, que sea exitoso; ese es su paradigma. Y, por otro lado, está el padre protector (desde luego, usamos un idioma muy patriarcal porque es el que usaba el ideólogo), que es el que quiere, no que el hijo sea exitoso, sino que sea feliz y buena persona: lo protege dándole libertades y herramientas sin sobreexigirle. Tenemos, por tanto, al padre estricto y al padre protector, que eran las dos grandes familias de la cultura política norteamericana.

Yo estudié psicología criminal para entender la política, entonces me gusta *psicologear* un poco. Así se me ocurrió una tercera categoría que, para mí, explica lo que sucede con Milei y con otras experiencias con las que tiene algún punto de contacto, como la de Bolsonaro o algunas europeas. Esa categoría es el padre abusador, el padre abusivo, que tiene en general secuelas de sadismo, de megalomanía, de mesianismo, de incapacidad de dialogar, como forma de procesar ese nivel de violencia que sufrió de niño. En el caso de Milei, su personalidad coincide con su historia biográfica, pero esta es una categoría política. La deshumanización y el sadismo explícito, el disfrute por el dolor ajeno, es un signo de los tiempos.

S
Yo no quiero hacer exceso de diagnóstico porque es uno de los vicios que tenemos, sino plantear algunas pautas que nos permiten pensar cómo superar esta distorsión entre la cultura institucional —e, insisto, con institucional no me refiero solamente a la estatalidad, sino a los partidos y los movimientos— y la cultura verdaderamente popular. Cómo avanzar en un proceso de rehumanización y de recuperación de algunos valores esenciales.

U
R
Pero valga una digresión más sobre el tema diagnóstico, que no me quiero olvidar porque para mí es un símbolo muy fuerte. Después de la Segunda Guerra Mundial, que fue una carnicería, la máxima expresión de la deshumanización de la que podamos tener memoria —cuarenta y pico millones de muertos, campos de concentración, todo tipo de torturas, devastación de varios continentes; la vida no valía nada—, se dio un pacto de posguerra que implicó la constitución de las Naciones Unidas con su Carta de Derechos Humanos y su carta orgánica, donde básicamente estaba el librito de los valores que, se suponía, eran los valores correctos. Valores que hoy nosotros reivindicamos fuertemente como si fueran la vanguardia revolucionaria. Cosas muy sencillas como la autodeterminación de los pueblos, la paz, la justicia social, los derechos humanos, la diversidad, la lucha contra toda forma de discriminación. Todo eso está escrito en la declaración del año 1946. La crítica histórica de los movimientos nacional-populares, de la izquierda, era básicamente: esto es hipócrita, esto que se dice acá está bien, pero no se cumple. Bueno, hace unos quince o veinte días, cuando en el plenario de las Naciones Unidas se definía el ingreso de Palestina como miembro, el representante de Israel agarró la Carta de las Naciones Unidas y una picadora de papel portátil y la metió en la picadora. Destruyó la Carta de las Naciones Unidas. Estamos en un momento en que la disputa no es la concreción de los principios, valores y reivindicaciones que la humanidad define de alguna manera como perspectiva para una paz duradera, sustentable y progresivamente justa; no es que estemos en

una crítica a esa hipocresía, sino directamente en la anulación de la mera existencia de la justicia social como principio válido. Antes uno podía decir: los que proclaman la justicia social no la cumplen; u otros podían decir: no es el elemento central, pero está bien. Hoy, en palabras de Milei, que es el que mejor lo expresa —por eso es una estrella internacional—, la justicia social es una aberración.

Entonces, ¿cómo avanzamos hacia un proceso de rehumanización? Yo creo que avanzamos por aproximaciones sucesivas, entendiendo que son procesos, que promover procesos es más importante que ocupar espacios, y que el Gobierno es un espacio. Un espacio efímero, invariablemente efímero. E impulsar los procesos tiene que dejar un saldo material en la mejora de las condiciones de vida de nuestro pueblo, un saldo organizativo en términos políticos y sociales y, fundamentalmente, un saldo cultural. Insisto que, para mí, tiene que ver con la reafirmación de valores elementales de un humanismo latinoamericano. ¿Y cuál es el combustible, el fuego sagrado, con el que cada militante se tiene que levantar para promover estos procesos, que es algo que yo veo que se va deteriorando, sobre todo cuando accedemos al poder del Estado? Es el sentido del propósito. A partir de sentimientos de amor, de nuestra memoria histórica: el sentido del propósito. Del propósito, que el peronismo definía de una manera muy linda, que es “la felicidad del pueblo y la grandeza de la patria”, pero que uno podría definir de otra manera. El propósito: para qué estamos haciendo lo que hacemos. El sentimiento de amor como motor, el propósito como visión fundamental e inmutable, y después el sentido como sentimiento, como orientación y como desarrollo. El sentido en el que van las cosas.

Nosotros tenemos tres banderas históricas: la soberanía política, la independencia económica y la justicia social. Solo voy a hablar de la última porque creo que es el centro, el corazón, donde suenan nuevas y clásicas melodías. Los procesos

de redistribución son una condición no suficiente pero sí necesaria. Un Gobierno popular que deja al país con más pobres y con mayor desigualdad —medidos estadísticamente, si se quiere— no es un Gobierno popular. Por definición. Es por esto que el Gobierno argentino pre-Milei no fue un Gobierno popular. Era una coalición con perspectiva popular que, al no cumplir su contrato electoral, no fue popular. Dejó más pobres y dejó más desigualdad. Que podría haber sido peor, no me cabe la menor duda, pero lo que hace popular a un Gobierno es por lo menos esa condición necesaria aunque no suficiente.

Y después hay algunas nuevas melodías, que tampoco son tan nuevas, pero que tienen una síntesis en el diálogo entre el papa Francisco y los movimientos sociales: son tierra, techo y trabajo. Los que no tienen ni tierra, ni techo, ni trabajo, porque directamente no los tienen o porque no los tienen en cantidad y calidad suficiente, son sujetos sociales. Y en Colombia o en Argentina está clarísimo que son sujetos que existen. Aquí tienen 56 % de informalidad laboral. La cuestión de la reforma agraria no me voy a poner a explicarla en un país donde tenemos 97 % de la población urbana como producto del desplazamiento del agronegocio de la población campesina, pero la reforma agraria en términos del siglo XXI implica aspectos ambientales, porque el humanismo es, por la propia raíz etimológica de la palabra, ambientalismo. Y, finalmente, está la economía popular como parte de una economía mixta en la que esto que ustedes llaman “alianzas público-populares” nosotros en Argentina los denominamos “mecanismos de coestión”.

Me quedan dos temas, que son el método —que está relacionado con nuestra experiencia en el tema de coestión— y cuatro o cinco lecciones de nuestro fracaso que pueden servirles. Pero, para seguir la ronda, voy a dejar la palabra.

René Ramírez: Muchas gracias, Juan. Siguiendo con este diálogo, un tema fundamental para dar la disputa y que la ruta no sea

distópica sino utópica, y sobre el cual creo que los actores de esta mesa pueden decirnos mucho principalmente por su praxis, es la relación entre movimiento u organización social, por un lado, y gobierno del Estado y partidos políticos, por el otro. Por ejemplo, yo vengo de Ecuador, en donde pude participar de la revolución ciudadana, y creo que se necesita la convergencia al interior de las luchas sociales, que no necesariamente se da siempre —por un lado, a veces, va la lucha ecológica, por otro lado va la lucha feminista, por otro lado va la lucha de los trabajadores—, pero también tiene que haber una convergencia de lo social con lo político. Con lo político me refiero a la disputa del Estado, porque es necesario disputar el Estado para buscar una transformación estructural. Quisiera que reflexionemos juntos sobre esta relación entre lo social y lo político en el marco justamente de la acumulación de fuerzas y la posibilidad de organización para impulsar una transformación. Estimado Juan David, tienes la palabra.

Juan David Correa: Gracias, René. Yo diría que esa distancia que tú señalas es plausible en Colombia y también tiene que ver con asuntos culturales. Primero, porque fueron el movimiento social y el movimiento popular, los intelectuales y la gente que ha resistido en este país, los movimientos indígenas y los movimientos de mujeres, los movimientos afro y los jóvenes, quienes permitieron la llegada de Gustavo Petro al poder. Es decir, esto no ocurre como un milagro de un solo liderazgo; esto ocurre como una fuerza social que lleva muchos años empujando, resistiendo, escribiendo, diagnosticando, poniendo la vida en los territorios.

Yo sostengo que Colombia es un país que tiene ya un diagnóstico muy preciso de muchos de los asuntos que, a veces, por el prurito de gobernar, de cumplir, de cambiar efectivamente la realidad y las condiciones de la vida, nos hemos olvidado de revisar. Nos hemos olvidado de acudir a esos diagnósticos e incluso a esos movimientos sociales. Insisto en preguntarnos cómo

S
U
están entrando los movimientos sociales a lo institucional. Yo diría que, así como hay un llamado urgente, a veces desesperado, del presidente a lo que él llama, en términos de Toni Negri, el poder constituyente, ese poder constituyente o ese poder popular que se ha expresado en Colombia, no lo hemos hecho entrar con la suficiente fuerza y decisión a las instituciones para que también tome decisiones. Uno no se constituye solo en la plaza pública si toda la vida ha estado acostumbrado a resistir, sino que necesita de alguna manera poder incidir en las decisiones que se están tomando hoy en el Gobierno.

R
Ahí, en esa distancia entre el movimiento popular y social y las instituciones, yo veo un primer abismo cultural que tendríamos que empezar a imaginar en una nueva reconfiguración política de lo que será el movimiento más allá de que, como lo señala Juan, una cosa es este espacio efímero y otra cosa es un proceso de largo aliento que Colombia lleva y que, si bien no había estado en el poder nacional, ya había ocupado espacios de gobernabilidad como las alcaldías de Gustavo Petro o la gobernación de Antonio Navarro, espacios políticos de poder que ya eran importantes en el país. Sin embargo, esa distancia también hay que imaginarla, ya no de una manera idealista, sino enfrentándonos a los desafíos y a las condiciones que tenemos hoy en la crisis de la democracia. Yo creo que esos movimientos sociales y nuestro Gobierno mismo están siendo rebasados por poderes multinacionales y multilaterales que están siendo desconfigurados por los medios masivos de comunicación.

¿Qué quiere decir esto? Que lo que antes de alguna manera era aceptado por esos poderes de facto que estaban aquí, hoy está siendo contestado e instrumentalizado en un relato del fracaso permanente según el cual la fuerza social, el poder popular y la izquierda misma no están en capacidad de gobernar, no están en capacidad de cumplir, como dice Juan, sus propios preceptos. Es decir: llegamos aquí pero no somos capaces, el movimiento social no está preparado. Y en el fondo, ese es el

diálogo que se está intentando producir. Mientras los medios de comunicación insisten en encerrar el discurso del poder popular en una supuesta asamblea constituyente, en derrocar el Congreso y hacer una nueva cosa, lo que está tratando de decir el presidente es: “No, constitúyanse, fortalézcanse, aprovechemos este espacio de poder para que eso ocurra, para que se constituya un verdadero poder popular. Es la oportunidad que tenemos hoy”.

Evidentemente esto también tiene que ver con otro asunto cultural que es signo de los tiempos y es el hecho de que el neoliberalismo en Colombia, como no tuvo una primera fase de progresismo de poder nacional, produjo con mucha más fuerza y violencia esa idea del “sálvese quien pueda” que hoy representa Milei en Argentina. Colombia vivió, durante los años ochenta, noventa y en la primera década de los dos mil, una violencia brutal que desgarró y desconfiguró la sociedad y ese poder popular. Solo pongo un ejemplo: cuando yo llego al Ministerio de las Culturas, durante los primeros días, el sindicato pide reunirse conmigo. La actitud del sindicato, que además estaba absolutamente marginalizado, estigmatizado, era la actitud que tenían con los ministros neoliberales. Yo les digo: “Al contrario, vamos a transformar esto juntos. Yo entro al sindicato con ustedes, yo soy parte del sindicato”. Producir ese cambio institucional cultural es muy complicado. ¿Cómo imagina la gente que ahora ya no está de ese lado, sino de este?

Ocupar los espacios de poder es muy complicado para los movimientos sociales. No están acostumbrados porque no ha habido alternancia y por otras condiciones históricas, y no digamos ya por las condiciones de exclusión, como les ha sucedido a los pueblos indígenas y a los pueblos afro, que definitivamente no han tenido acceso a lugares de poder y que hoy, cuando los ocupan, pues miren lo que ha pasado culturalmente con la vicepresidenta Francia Márquez: ha sido racializada y violentada con unas ideas que uno no puede creer que esta república señorial

S
U
R

sea aún capaz de utilizar para poner a los sujetos en ese lugar, en niveles culturales pertenecientes directamente a la Colonia. Así han puesto a Francia Márquez en este país. Por supuesto, lo que se produjo —y eso se irradió sobre los movimientos sociales y la política colombiana— es también un momento en que las simplificaciones de la sociedad de consumo, de la política, de la historia, de estas mismas discusiones, estuvieron más a la orden del día y no tuvieron una pausa en estos treinta años. Tenemos unas sociedades con unos miedos y con unas formas tímidas, unas clases medias temerosas, cuidando tres cositas, con unos comportamientos culturales llenos de desconfianza y de miedo que no permiten que la gente se acerque al movimiento social porque lo considera peligroso o cree que, si se acerca, va a correr riesgo, como ocurrió en el pasado. Aquí asesinaron sindicalistas, asesinaron campesinos, asesinaron toda suerte de gente de los movimientos sociales simplemente por pertenecer a los movimientos sociales. Esa sería una tercera cosa.

La cuarta es algo que yo diría que nos compete a nosotros, sin yo ser ni mucho menos alguien organizado en movimientos históricos de izquierda en el país, pero en todo caso siendo alguien independiente que se considera de izquierda. Se trata de la imposibilidad de romper ese doctrinarismo ideológico entre las izquierdas y entre los movimientos sociales en lo que María José llama “la imposibilidad de llegar a unos acuerdos”, que es a lo que está llegando hoy un país como Francia, cuando ya la inexorabilidad les produjo una situación tan fuerte que les tocó organizarse². Eso no lo vemos nosotros todavía por seguir en unas discusiones doctrinarias que, me parece, no hemos podido superar del todo en un sentido profundo y creativo. Nos hemos

² El ministro se refiere a la decisión de los partidos de izquierda franceses de unirse, a pesar de sus diferencias, en un Frente Popular para participar con candidatos únicos en las últimas elecciones legislativas celebradas en junio y julio de 2024. Esto buscaba frenar el avance de la extrema derecha, liderada por Marine Le Pen.

quedado discutiendo conceptos y formas de un pasado que, en todo caso en la izquierda, no ha podido saldar las cuentas con el totalitarismo y no ha podido salir de ahí para imaginar, como ustedes lo proponen, una utopía, y no seguimos considerando solo víctimas. Cuando uno solo se considera víctima, entonces el comportamiento cultural pierde mucha fuerza y visión.

Y, finalmente, en esa distancia entre lo político y el movimiento popular y social, yo diría que eso que María José llama “la urgencia en la que estamos” nos hace perder de vista que vivimos un momento de transición histórica. Lo viejo caducó, y eso es cierto, pero lo viejo caduca y se demora en aparecer lo nuevo. Ahora estamos en la noche en la que están apareciendo todos los monstruos juntos, llámense Milei, llámense narcotráfico exacerbado y sus violencias en el Cauca, llámense narcocapitalismo autoritario. Estamos en ese momento y, a veces, la paciencia histórica, que sí han tenido las izquierdas y los movimientos sociales en países como Colombia, hoy yo veo que se ha perdido. Se ha perdido la perspectiva de un periodo de más durabilidad.

Esa me parece que es una forma de describir cómo lo cultural habita esa distancia entre los movimientos populares y sociales y lo que llamaríamos el Gobierno. ¿Seremos capaces de descifrar esas distancias? ¿Seremos capaces de descifrar ese tipo de relaciones entre el Gobierno y los movimientos populares o sociales, en las que “o me das o bloqueo”? ¿Estamos todos juntos, conscientes de que llegamos a un nuevo momento y lo tenemos que vivir de otra manera, o vamos a seguir repitiendo esas formas? Evidentemente estas son solo preguntas. Y yo terminaría con una más: ¿cómo vamos a imaginar, desde las condiciones y relaciones tan complejas de esta república de Colombia, todavía culturalmente conservadora en sus formas, un futuro distinto?

Y con esto respondería también tu primera pregunta, René: ahí la creatividad, las culturas, las artes y los saberes jugarán un papel determinante porque, o tenemos la capacidad de imaginar y de tener esperanza, o nos van a someter a un fracaso en

donde no vamos a ser capaces de jugar un juego distinto. He lanzado más preguntas que certezas, pero me interesa esa manera de pensar lo que hoy estamos enfrentando y viviendo.

S
U
R
María José Pizarro: Como la pregunta se centraba en los partidos, inevitablemente tenemos que llegar a la nuez de la situación que nosotros estamos enfrentando como movimiento, como partido político. Nosotros logramos en las pasadas elecciones no solamente una confluencia de los partidos políticos progresistas, sino de otros más de tinte socialdemócrata, o incluso lo que llaman partidos de centro, demócratas. Llegamos, además, con una convergencia de movimientos sociales y de ciudadanías libres, como lo hemos llamado, y esa gran convergencia, ese gran sancocho nacional, logró llegar al Gobierno en el 2022. Lo trabajamos durante mucho tiempo, y fue un momento casi que de lucidez y de comprensión de que todos teníamos que remar hacia el mismo lado. Y todos nos pusimos en la tarea de remar hacia el mismo lado y, efectivamente, logramos lo que era impensable.

Yo recuerdo aquí una anécdota. Nosotros caminábamos por todo el país, por toda Bogotá, pegábamos afiches, hablábamos con la gente y llegaba yo a mi casa y mi mamá me decía: “¿Pero para qué haces todo eso si vamos a perder? ¿No ves que nunca nos han dejado ganar? Y así hagan todo eso y ganemos, igual nos van a robar las elecciones”. Yo le respondía: “No, pero así entonces nunca vamos a ganar. Tenemos que seguir, tenemos que seguir”. Y, al final, ganamos. Parecía inverosímil el momento que estábamos viviendo. Me acuerdo de que había algunas personas mayores que no lo podían creer. Recuerdo particularmente a Rafael Vergara, quien se fue unos meses después, y me llamaba dichoso a decirme: “¡Lo vi, vi el triunfo, lo vi!”. Y creo que, si no hablamos con nuestros padres, con nuestras madres, con nuestros abuelos y abuelas, no podemos entender la dimensión de lo que logramos, y entonces entramos en la inmediatez, en esta vorágine de sucesos muy a la colombiana, porque

nosotros somos así: aquí pasa de todo todos los días, pero no cambia nada, o cambia muy poco. Es algo incluso de nuestra propia personalidad, de la manera en la que nos expresamos y nos movemos. Muy rápidamente nos olvidamos de la alegría de ese momento, de lo que suponía lo que habíamos logrado. Y si hay algo que han logrado todos estos sectores es eso, robarnos la alegría, quitarnos el éxito, quitarnos la felicidad, la certeza. Y cuando uno va a tientas es muy difícil caminar, y entonces tienes que cogerle la mano al otro, y alguien tiene que prender la vela para ver si nuevamente todos logramos volver a conjurar. Yo creo que estamos, como decía Juan David, en ese momento, en esa oscuridad rara. No sé si estamos en la utopía, porque la utopía tiene algo de distopía. Estamos en un momento un poco extraño. Y de repente pasamos de ser seis partidos a ser trece, y ni nos dimos cuenta. Entonces ya no hablas con uno, sino con trece, y todo empieza a ser terriblemente complicado. Resulta que tú ves la misma fuerza política, la misma persona, en tres movimientos sociales y en tres partidos políticos a la vez. En este nivel de caos y desorden, nosotros no podemos seguir caminando porque es muy difícil trazar una estrategia, es muy difícil avanzar así.

Discúlpenme ahora que insista con el estallido social. Le leía en estos días a mi padre³, que además de ser un gran líder político fue un gran estratega militar: “uno puede estar en el estallido o en una batalla, y son dos cosas diferentes”. Nosotros estamos en una batalla y tenemos que organizarnos, y cuando uno se organiza, sabe cuáles son sus generales y dónde está la tropa y cuál es el terreno de la batalla, y entonces no vamos a la loca a todas las batallas, sino que escogemos qué batallas damos, dónde las damos, con quiénes las damos y en qué condiciones. Hay que ponerle un

³ La senadora María José Pizarro es hija de Carlos Pizarro Leongómez, quien fuera el último comandante del M-19 y candidato presidencial. Fue asesinado el 26 de abril de 1990 en hechos que aún no han sido esclarecidos por la justicia colombiana.

poco de estrategia, pero para eso tenemos que organizarnos definitivamente y eso implica que el movimiento social debe organizarse, porque pasó el estallido y pasaron las elecciones y otra vez volvimos a ser células: las mujeres, los campesinos, los indígenas, los sindicatos, los jóvenes, el movimiento estudiantil... Dejamos de ser un solo cuerpo. Y nuestro propósito, como decía Juan David, se diluye porque volvemos a nuestros micropropósitos, que por supuesto son importantes, pero nosotros tenemos propósitos que van más allá de nosotros mismos.

En los partidos pasa exactamente lo mismo. Resulta que, ahora, para uno poder tener voz en ese conglomerado, o no sé, llamémoslo asociación de partidos, pues tiene que tener un partido. Pero nuestros partidos son cada vez más débiles. Débiles en absoluto. Yo veía a Morena⁴ y admirada su organización, su estructuración, con comités en todos lados, con centros de pensamiento en un nivel de evolución muy avanzado. Y nosotros con unos líderes de nuestros partidos que no han entendido hacia dónde vamos. ¿Y hacia dónde vamos? Hacia un solo partido, hacia una sola fuerza política. Con todos los matices, con todas las tendencias, con todas nuestras diferencias, con la multiculturalidad y diversidad de nuestra nación y de lo que somos como seres humanos, pero todos ahí, dando las discusiones ahí, en ese espacio. Porque, si no, no somos competitivos.

Entonces nos planteamos el escenario político de cara al 2026, pero hay una realidad jurídica y política de coherencia que se nos impone. Si nosotros fuimos capaces de confluir todos los movimientos sociales y todos los movimientos políticos en defensa de un modelo, de una visión de país, y lo logramos con éxito, el aprendizaje de eso no puede ser que ahora nos dispersamos todos y todos vamos a pensar con banderas distintas. Esa no puede

⁴ El Movimiento de Regeneración Nacional (Morena) es un partido político mexicano de izquierda. Fundado en 2011 por Manuel López Obrador, tenía 2 322 136 militantes afiliados en 2023, según el Instituto Nacional Electoral mexicano.

ser la reflexión; si tú eres coherente políticamente, entonces vas y profundizas en la unidad, la construyes, te organizas. Eso es la coherencia política, si no, ¿de qué estamos hablando?

Y de ahí me surge la siguiente reflexión: ya sabemos políticamente a dónde tenemos que ir, sabemos cuál es la ruta. Es una experiencia de éxito que han tenido otros en el pasado; como decía Juan David, los franceses entendieron: “Bueno, aquí ya no hay otra manera de enfrentar esto sino unirnos”. Nosotros lo hicimos con éxito, pero resulta que hay unas realidades jurídicas. La primera es electoral: cada uno de los partidos que componen el Pacto Histórico, que eran trece y que creo que ya son diez porque nos quitaron como tres personerías jurídicas, tiene que sacar por separado setecientos mil votos para pasar el umbral y mantener la personería jurídica. Son siete millones de votos en total. Y los jefes de los partidos políticos no se dan cuenta de que están construyendo su propio suicidio, porque ninguno va a sacar setecientos mil votos. Imposible. Por primera vez en muchos años tenemos una bancada muy grande —veinte senadores—, y de entrada nos dimos cuenta de que veinte no es nada, que necesitábamos más para poder sacar adelante las reformas. Pero para tener esa bancada de veinte tuvimos que sacar, si no estoy mal, tres millones de votos⁵. No más por puro pragmatismo, pues hay que unirse.

Luego viene el siguiente hecho. No nos podemos coaligar, como lo hicimos la vez pasada, en un ejercicio de respeto a nuestras propias identidades y autonomías. Resulta que ya superamos el 15 % del umbral y no nos podemos volver a coaligar. Eso quiere decir que, o nos unimos ahora sí, o nos hundimos de verdad, porque no hay otro camino diferente. No existe. Ah, eso sí, tenemos que construir mecanismos de democracia interna. Será el momento de ver si realmente los liderazgos que se han

⁵ En las elecciones legislativas de marzo de 2022, la coalición Pacto Histórico obtuvo un total de 2 880 254 votos.

construido y consolidado —incluso con gente del Gobierno que se ha formado en este tiempo y que hoy tiene un aprendizaje que no tenemos los demás, los que estamos por fuera del Gobierno— pueden llegar a reforzar las bancadas. Evidentemente podría darse de esa manera.

S
U
R
Pero ante esta situación, nosotros tenemos que mirar con pragmatismo, con estrategia, con comprensión, tenemos que empezar a organizar nuestra propia estructura, empezar a formar a nuestros cuadros, empezar a formar a la dirigencia, empezar a construir el relevo generacional. Hay gente que está allí haciendo el trabajo y que debe poder formarse para que este no sea un proceso efímero, sino que de verdad tenga continuidad y tenga propósito. Eso es lo que nos permite construir en el caos, en la desorganización. Si no, no vamos a poder construir nada impecadero. Y tenemos que ponerle orden. Los colombianos somos profundamente desorganizados. Aquí se dice a la una y empezamos a las dos. Aquí decimos venga todo el mundo de blanco y viene todo el mundo multicolor. Esos pueden ser rasgos maravillosos en ciertos contextos, pero si nosotros queremos tener éxito, tenemos que ponerle orden a lo que estamos haciendo. Por supuesto que puede haber orden en el desorden, eso le diría a uno el hijo adolescente: “Yo encuentro todo en mi cuarto desordenado”, y uno dice sí, maravilloso, pero si no limpiamos aquí un poquito, si no ponemos estructura allá... Si no empezamos a asumir quienes tenemos algo de liderazgo el liderazgo, entonces estamos todos esperando a ver qué dice el presidente, que ya tiene suficiente con tener que mandar y gobernar este país. Si nosotros no le aliviamos un poquito la carga a quienes están en ese momento en esos espacios de gobierno, pues evidentemente lograr el éxito será muy difícil.

Juan Graboís: Esto yo ya lo viví. Es el momento catártico. El momento catártico puede ser el principio del fin o el principio de enderezar algo que se va torciendo. Nos pasó mucho durante el

Gobierno de Alberto Fernández. Una de las conclusiones que yo saqué: las coaliciones amplias sirven para ganar elecciones, no para gobernar. Para mí, hay tres componentes necesarios para un proyecto político popular de transformación exitoso: autoridad política, comunidad organizada y planificación. La planificación a nivel macro y a nivel de las políticas públicas específicas es la única contracara del neoliberalismo en política. La planificación es humana. El ser humano planifica para conseguir un objetivo, idea una serie de pasos. El plan puede fracasar, pero si no hay plan, fracasa seguro. Esto se refleja en términos de, por ejemplo, una política que nosotros pudimos desarrollar exitosamente durante el Gobierno anterior, que fue la política de urbanización de barrios populares a escala de masas. Había un plan diseñado hasta el dedillo por un equipo que se dedicó específicamente a eso por la relevancia que se le dio a la cuestión. El problema era la distancia entre el ser y el deber ser: el ser era terrible y para el deber ser necesitábamos mucho, diez años por lo menos. Bueno, en cuatro años se hizo mucho.

Yo creo que acá hay una cuestión de teoría de la praxis que no tenemos saldada, relacionada con el vínculo entre lo social, lo político y la estatalidad. Y es una cuestión que no tiene soluciones sencillas. Porque uno puede decir que son dimensiones que no pueden andar separadas. Muy bien, pero tampoco son lo mismo. Nosotros hablamos de un ecosistema: tiene que funcionar de manera ecosistémica. Si vos al movimiento popular, a la representación de la comunidad organizada en sus distintas realidades, la estatizás, le quitás potencia. Tenés que saber administrar, dentro del ecosistema, esa tensión con el sindicato que te va a “apretar”, como decimos en Argentina, para conseguir sus reivindicaciones. Vos podés ser el mejor militante del mundo, pero hoy sos un funcionario de un Estado. Tenés que saber administrar eso. Y el del sindicato también debe saber que tiene que seguir apretando, pero no de la misma manera. La consigna de los compañeros de los movimientos sociales es:

frente a cada injusticia hay que pelear. Porque si no se tensiona el Estado, el Estado tiende a burocratizarse y *achoncharse*. La tensión tiene que existir. Pero, desde luego, hay que tener la inteligencia para que esa tensión no sea funcional a lo destructivo.

S
U
R
Del mismo modo, el que está al frente de una política pública, sobre todo de aquellas que tienen impacto en la vida material de la gente, debe entender que su principal rol —pero particularmente el de su equipo— no es hacer política superestructural, sino gestionar bien. Es decir, si sos ministro de Reforma Agraria, tenés que hacer la reforma agraria, hermano. Porque si llegás al fin del mandato y no pudiste garantizar la tierra para un millón de campesinos, bueno, dedícate a otra cosa. Si sos ministro de Vivienda y no hiciste vivienda, no pusiste agua, luz, cloaca, electricidad, pero sos un fenómeno en la lucha ideológica, pues nos equivocamos de lugar para vos. Si sos ministro de Educación y no hiciste las escuelas, no mejoraste la calidad educativa, pero la verdad es que sos un pedagogo extraordinario para la teoría, también nos equivocamos. Entonces, quien está en la estatalidad tiene que cumplir con un programa de gobierno, una planificación, por encima del rol político, que lo tendrán los legisladores, los senadores, los dirigentes de partido, el propio presidente. No pueden ser todos genios de la política. ¡Alguien tiene que laburar! [risas]

Esta relación ecosistémica entre la estatalidad, lo social y lo político nosotros la hemos trabajado mucho en Argentina, porque cuando asume Alberto, nosotros veíamos que iba a ser un Gobierno extremadamente moderado, cobarde, en la confrontación con los poderes fácticos. A diferencia de lo que pasa acá, que nadie le puede negar el valor a Petro de redoblar la apuesta permanentemente cuando lo atacan. El Gobierno nuestro era al revés: un Gobierno de coalición, una coalición que no iba a durar nada, que no iba a servir para gobernar. Un Gobierno loteado, donde le daban un ministerio a cualquiera, se repartían como caramelos sin ningún criterio de política pública. Entonces, desde

luego, después viene la derecha o la centroderecha a decirte: “Pero esto fue una cosa absolutamente ineficiente”, y la verdad que, salvo en algunas áreas donde había planificación (que paradójicamente ahora son las áreas que más ataca la derecha), tenían razón. Bueno, nosotros decidimos no tener ministros —los principales cuadros no ingresamos al Estado— y tener secretarios para desarrollar políticas específicas. El planteamiento era: vos no estás acá para convertirte en el candidato de las próximas elecciones; estás acá para cumplir objetivos. Tenés que funcionar. Y si no, a tu casa. Funcionario que no cumple, funcionario que hay que movilizar, aunque sea mi mejor amigo.

Y, para finalizar, recojo algunas lecciones de nuestro fracaso. La primera —la mencionaba al principio— es la peor de todas: la hipocresía. Proclamar derechos que en la práctica no se cumplen. No estoy haciendo un contrapunto con el cambio de nombre del Ministerio de las Culturas, pero en el Gobierno de Alberto hubo muchos cambios de nombres y pocos cambios de realidades. Se priorizó la nominalización, digamos, “culturosa” por sobre la realidad efectiva del pueblo.

El segundo riesgo es la corrupción. Hay una frase en latín que dice *corruptio optimi pessima*, que significa “la corrupción de lo bueno es la peor corrupción”. La derecha corrupta a nadie le molesta. Va de suyo. En cambio, cuando se corrompe nuestra propia fuerza es la peor corrupción. Y la ineficiencia negligente es una forma de corrupción. La soberbia —un pecado que tengo y que, les digo, trabajo todos los días— de creer que son los demás los que no nos comprenden y no nosotros los que no comprendemos a los demás.

Otra cosa importante es el miedo. Jugar con la cabeza de la gente. A ver: a la compañera Pizarro nadie la va a asustar. Ya le mataron a su papá, ya vivió de todo. A ella no la van a asustar. No la atacan a ella para quebrarla. La atacan para disciplinar a los demás, a los que no quieren salir en los diarios. Para que otros no quieran hacer lo que ella hace o decir lo que ella dice. Atacan a

unos, pero el verdadero objetivo es disciplinar a otros. Por ejemplo, a los diputados o a los funcionarios de menor rango. Lo mismo en los movimientos sociales. Ahí debería haber un proceso formativo de decirles a los militantes: vos te consagrás como militante cuando te puteen así, cuando te difamen de esa manera. No solamente no le tenés que tener miedo, sino que te tiene que dar orgullo que te difamen así. Y hacer eso implica también defender al compañero que está siendo agredido. No decir: “Uy, no, por ahí se mandó una macana”, porque seguro que se mandó una macana. Agarralo, decíselo en privado. Pero en público, salvo que sea algo absolutamente indefendible, al compañero se lo defiende. Al compañero que está en batalla se lo defiende. Y muchas veces no se lo defiende porque el de al lado no quiere quedar salpicado de la mierda que le tocó al otro. Pero entonces así vas a ser un mediocre o un traidor o nunca vas a poder hacer nada, porque el que no se mete en la mierda no cambia nada.

Lo otro es la burocratización. La burocratización es un riesgo cuando se incorporan los movimientos sociales a la estatalidad y pasan a ser unidades de gestión del Estado. Eso lo sufrimos en la Argentina y fue un debilitamiento muy grande de los movimientos sociales. Cuando vino la contraofensiva, básicamente nos dijeron: “Ustedes estaban de los dos lados del mostrador”, porque nosotros promovimos cuadros de los movimientos sociales para la gestión. Algunos lo hicieron muy bien, otros cuadros no lo hicieron tan bien y algunos utilizaron al Estado como mecanismo de autofinanciamiento. Ahí se distorsiona todo. Si no hay claridad conceptual en para qué está cada herramienta, estamos jodidos. Sobre todo cuando hablamos de lo que ustedes llaman “pacto público-popular” y nosotros “cogestión”. Cogestión no es que yo pongo al dirigente de un movimiento campesino acá y después transfiero plata a la cuenta del movimiento y nadie controla nada. Eso termina mal. La cogestión es que yo, como estatalidad, soy responsable de que esos fondos se manejen bien. Y al movimiento social no le pido obediencia a cambio de eso, le

pido que aplique esos fondos correctamente. Además, no basta con darles tierra a las asociaciones campesinas. Si a cambio de la tierra, los compañeros de la asociación tienen que poner la fuerza de trabajo, la creatividad, la capacidad organizativa, etc., la fórmula va a fracasar. Con la tierra no alcanza. Con los medios de producción no alcanza. Se requiere algo mucho más integral, porque hasta que eso empieza a dar frutos, la gente se muere de hambre durante dos o tres años. Si vos no tenés procesos de transferencia de ingreso para los trabajadores —me estoy metiendo en un tema muy técnico y específico, pero es la realidad de cualquier proyecto público popular en términos productivos—, la estrategia va a fracasar. No hay que pedirle a un grupo de compañeros, sean recicladores de base, sean vendedores ambulantes o sean pequeños productores, que tengan el capital de una multinacional y que tengan las capacidades productivas en términos crematísticos de una empresa privada, porque los vas a llevar a una frustración permanente.

Y lo último, que ya la compañera Pizarro y el compañero Juan David lo dijeron muy bien, es que la historia no llega cuando llegamos nosotros. No hay que perder la memoria histórica, no hay que entrar en el refundacionalismo, que es propio de la derecha. “No existe la historia: acá llegó la refundación”. Nosotros tenemos historia de muchos años, con muchos muertos, con mucha sangre. Hay que reivindicar, reafirmar esa historia, actualizando permanentemente los métodos, pero sin olvidar nuestros mitos compartidos y sin olvidar los nombres, los apellidos y los grandes proyectos. Como nuestro proyecto, que cada vez tiene más actualidad, de Bolívar, de San Martín, de O'Higgins, de Artigas y de tantos otros, que es el proyecto de la Patria Grande. Sin una Latinoamérica humana será muy difícil que haya una Colombia humana o una Argentina humana.

Muchas gracias, compañeros.

JUAN GRABOIS
(Buenos Aires, Argentina, 1983)

Abogado, licenciado en Ciencias Sociales, traductor de inglés y docente. Es dirigente del partido argentino Patria Grande. Fue fundador del Movimiento de Trabajadores Excluidos, de la Unión de Trabajadores de la Economía Popular y del Frente Patria Grande. Uno de los focos de su militancia ha sido siempre la construcción de poder popular a través de la organización de los trabajadores y trabajadoras informales. Es autor de los libros *La clase peligrosa. Retratos de la Argentina oculta* (2018), *Los siete pecados argentinos. Una historia de demonios* (2019) y *Los Peores: Vagos, chorros, ocupas y violentos. Alegatos del humanismo cascoteado* (2022).

MARÍA JOSÉ PIZARRO
(Bogotá, Colombia, 1978)

Senadora de la República de Colombia por el Pacto Histórico, fue vicepresidenta del Senado (2023-2024). También fue elegida representante a la Cámara de 2018 a 2022. Realizó estudios de artes plásticas y ha sido activista por la paz y la memoria. Actualmente es delegada del Gobierno colombiano en los diálogos de paz con la guerrilla del ELN. Su trabajo ha estado encaminado a impulsar políticas públicas que favorezcan los derechos humanos fundamentales y, en particular, los derechos de las mujeres.



“Nuestro norte es el sur”, dijo alguna vez
Joaquín Torres García, pintor uruguayo cuyo dibujo
América invertida (1943) ilustra las portadas de nuestra colección.
En el Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes creemos
apasionadamente en estas palabras.

Este libro se imprimió en noviembre de 2024.
Para su elaboración se usaron tipos
Broadside y Athelas.

La impresión de esta publicación fue realizada por la Imprenta Nacional de Colombia, utilizando tintas formuladas a base de aceite de soya, una elección que minimiza el impacto negativo en el medio ambiente. Además, se emplearon planchas ECO3 como una alternativa más ecológica en la impresión *offset*, destacando su capacidad para reducir el consumo de agua y productos químicos durante el proceso, así como promover la durabilidad y reutilización. Esta filosofía de la Imprenta Nacional representa un compromiso sólido con la sostenibilidad en la impresión en Colombia, contribuyendo significativamente a la preservación del medio ambiente.



www.imprenta.gov.co
PBX (0571) 457 80 00
Carrera 66 No. 24-09
Bogotá, D. C., Colombia

*Estas conversaciones son tentativas
y devaneos, dudas que se expresan
en voz alta para pensar sin temores
ni condescendencias. Creemos que la
cultura de paz se construye en el disenso.
Proponemos la imaginación como un
valor esencial en la construcción de
sociedades más justas.
El sur es el futuro.*